Mudanza en agosto
OLGA MERINO



LIBROdot.com
http://www.librodot.com

OLGA MERINO (Barcelona, 1965) es periodista. Autora de Cenizas rojas (Edciones B), en la que relata la vida en la Rusia postsoviética. En otoños sale su próxima novela.

De haber rechazado la oferta de trabajo, quizás hoy sería un hombre normal; quiero decir, un hombre medianamente satisfecho con su existencia y capaz de conciliar el sueño sobre la almohada al caer la noche. Un hombre sereno a quien no le temblara el pulso cuando se afeita ante el espejo. Pero entonces, cuando firmé el contrato, necesitaba distancia, alejarme de las sombras del pasado y de mí mismo, y aquel empleo parecía llovido del cielo: buena remuneración, casa amueblada con jardín, coche de segunda mano a mi disposición, un proyecto exigente –justo lo que precisaba para sofocar el rescoldo de una relación contrariada– y vida tranquila en una ciudad de provincias mientras durara la construcción de la presa, que se prolongó durante cinco años. Pese a las envidiables condiciones laborales, no fui yo el ingeniero que culminó el armazón del embalse. Tuve que desistir.

Llegué a la ciudad a principios de agosto, tres meses antes de que se acometieran las tareas de excavación, con el fin de analizar las características del terreno, realizar el cálculo de asentamientos y determinar el emplazamiento más idóneo para la torre de toma y la cámara de válvulas. Recuerdo que me sorprendió el lugar que los contratistas me habían asignado como vivienda: un caserón señorial, los muros cubiertos de tiempo y moho, con blasón de armas en la fachada y ubicado hacia las afueras, cerca de la gasolinera y la carretera nacional.

Si bien yo había imaginado una casa sencilla y luminosa con tabiques de pladur y aunque el prometido jardín resultó una maraña de hierbajos y rosales marchitos, lo cierto es que la casona me sedujo enseguida por su robustez, los muebles antiguos, la chimenea de piedra –los inviernos eran gélidos en la provincia, me habían advertido– y la fragancia de los eucaliptos que asombraban los soportales desde el vallado trasero. La sobriedad de la casa, la pátina sutil de abandono y su silencio me reconciliaron con la soledad que acababa de estrenar.

Con los postigos de los ventanales aún entornados, pasé un dedo sobre la mesa maciza de nogal que presidía el comedor: ni una mota de polvo; el contrato estipulaba también que una muchacha limpiaría el inmueble una vez por semana a cargo de la empresa. La alcoba principal, la que iba a ser mi dormitorio durante los años venideros, era una estancia amplia provista de cómoda, armario y cama con dosel, por fortuna despojado de colgaduras. Acomodé mis pertenencias en un rincón, sobre el enlosado bermellón del suelo, y allí permanecieron hasta mi marcha; más bien, mi huida: dos maletas –una con la ropa de verano; otra, con la de invierno–, las cámaras fotográficas, el telémetro y el cuadrante, y varias cajas con libros. Entonces, aún me agradaba solazarme en la poesía –sobre todo Alberti– entre las obligadas relecturas de mamotretos técnicos que me acompañaban en todos los proyectos, Mecánica teórica de los suelos, Geotecnia y cimientos y materias por el estilo. Reconozco que el primer día, al aposentarme en la casa, no le di mayor importancia, pero quizá debió llamarme la atención que el propietario, quien quiera que fuese, hubiera dejado en el cuarto de baño una caja de caudales vacía –estaba abierta y era antigua, acaso de principios de siglo– y un frac blanco colgado de la barra de la ducha.

De no haber sido por lo que ocurrió, podría recordar incluso con nostalgia las semanas inmediatas a mi llegada. Me acostumbré a la fresca penumbra del caserón y creí hallar sosiego entre la reciura de aquellas paredes que parecían contagiar su quietud al resto de la ciudad. Al principio salía poco. Trabajaba en los planos sobre la mesa de nogal cuando me apetecía, dormía a deshoras, cocinaba sobre las brasas de la barbacoa sabrosos filetes –la carne de la región es muy apreciada–, e incluso me animé a desbrozar el jardín de maleza. El paraje sobre el que debía asentarse la presa estaba situado a unos sesenta kilómetros de la ciudad, en un valle circundado por peñas y riscos afilados cuyas crestas coronadas de nieve en invierno alimentaban durante el deshielo el caudal del río que nos disponíamos a embalsar. Con la excusa de una fotografía o de una nueva cata del terreno, solía escaparme en el coche hasta la embocadura de aquella vaguada de majestuosa belleza amenazada por el hormigón. Sentado en una roca, con los prismáticos o un libro de Alberti sobre el regazo, oteando las laderas tapizadas de pinares y sabinas, rocé esa emoción tan difusa que solemos llamar felicidad. Y creo que llegué a aceptar los motivos de mi antigua amante, en silencio, ya sin dolor, como se asume el movimiento de los planetas. Las cosas son como son.

En esa placidez transcurrió mi existencia antes de que llegaran al valle el estruendo de las excavadoras y las cuadrillas de obreros. Ni siquiera llegué a deshacer las maletas ni a ordenar los libros sobre la cómoda porque aquella sensación de provisionalidad, de vivir sin reloj ni apremios aunque absorbido por un proyecto que me fascinaba, me hacía sentir ingenuamente libre. Tiraba la ropa sucia al suelo, y la muchacha se encargaba de dejarla planchada encima de la cama a la semana siguiente. Apenas la veía; nos comunicábamos mediante notas dejadas sobre la mesa de nogal. La chica de la limpieza y Lucas, el dueño del bar donde solía desayunar, fueron mi único contacto con el mundo exterior hasta que comenzaron las obras.

Entré en la taberna de Lucas por casualidad después de haber pateado el asfalto caliente con el periódico bajo el brazo en busca de un café en la ciudad fantasmal. Balcones con geranios secos, ventiladores con asma tras las cortinas, porteros automáticos sedientos, buzones atiborrados de propaganda, estancos cerrados, aceras desiertas: en agosto, los habitantes huían del calor de chicharras hacia los pueblos de la sierra. Sólo permanecía abierto el hostal de Lucas, junto a la terminal de autobuses.

Me gustaba el local. El televisor solía estar encendido a todas horas, y aquella domesticidad de voces, el goteo de viajeros de paso y la seguridad de los movimientos de Lucas cuando pasaba la bayeta por la barra o secaba las copas me arropaban mientras alargaba la lectura de la prensa. Al principio, Lucas, un castellano viejo parco en palabras, me trataba con la desconfianza que se dispensa al forastero en provincias, pero acabó por acostumbrarse a mi presencia y a la charla tranquila de las mañanas. Fue él quien me lo contó.

–Qué, ¿cuándo empiezan ustedes con el embalse?

–No sé; puede que las obras se atrasen. El terreno está resultando más arcilloso de lo que esperábamos.

–Está usted viviendo en el caserón de los eucaliptos, ¿verdad?

Al asentir, me pareció que Lucas se turbaba, como si se hubiera arrepentido de formular la pregunta; de hecho, fijó la vista en el televisor para despistarme. Solté la primera frase que me vino a la cabeza.

–Me siento a gusto en la casa, aunque puede que sea algo fría en invierno.

–Durante años no ha habido forma de alquilarla; es usted el primer inquilino desde entonces.

–Vaya.

–¿No le han contado nada?

–No –dije con aire suficiente. Lucas había mordido el anzuelo de mi desinterés.

–Encontraron al dueño muerto en la cocina con tajos profundos en la cara y el cuello. Y se había rebanado la lengua y los dedos de la mano con una navaja barbera. Por la forma de los cortes, presumieron que se los hizo con una navaja de afeitar, aunque la policía no la encontró. Nunca.

–¿Un suicidio?

–Eso dijo la autopsia... Don José María había sido médico en tiempos, y de los buenos, era de familia rica y tenía perras. Eso sí, se conoce que le gustaba mucho el juego. Pero, Dios sabrá por qué, con la edad se fue volviendo un tipo huraño. En los últimos años, no hablaba con nadie y apenas salía del caserón. Iba siempre sucio, y dicen que cuando lo encontraron muerto y vaciaron la casona, se llevaron sacas llenas de basura y por lo menos diez mil libros, qué sé yo, una barbaridad.

Ahí comenzó el principio de mi desgracia. Aunque Lucas y yo no volvimos a mencionar el asunto, su relato se me quedó grabado en la recámara del cerebro como un mal presagio. En vano intentaba concentrarme en la confección de los planos, me desplazaba al valle con más frecuencia si cabe con el propósito de distraerme e incluso me ausenté de la ciudad durante una semana para liberarme de aquel pensamiento obsesivo. Yo, un hombre en sus cabales y de mentalidad cartesiana, había sucumbido al halo de misterio que envolvía al propietario de la mansión. ¿Quién era en realidad?, ¿por qué se había encerrado en el silencio?, ¿qué oscuras razones le indujeron al suicidio? ¿O acaso había alguien más en la casa cuando murió? Cavé el jardín de punta a cabo a golpes de sudor y de azadón, visité la hemeroteca y leí hasta el hartazgo esquelas y páginas de sucesos, revolví el caserón creyendo hallar un indicio en una baldosa rota o en la mancha en la pared que había dejado un cuadro descolgado. Nada. Tan sólo una entrada al casino que encontré en el bolsillo del frac blanco –yacía olvidado en el armario– me confirmó que ese hombre había existido.

Los trabajos de excavación comenzaron bien entrado octubre, y la actividad febril que se desató a partir de entonces me sustrajo de aquella ofuscación infantil. Trabajábamos incluso los fines de semana para acelerar los cimientos del embalse antes de que un grupo ecologista materializase las amenazas de iniciar un proceso legal contra la empresa constructora en protesta por la tala de un pinar; por lo menos, que nos cogieran con los cimientos asentados. Un domingo, al regreso del valle, me desplomé reventado sobre la cama, y ésa fue la última vez que logré conciliar el sueño. Desde hace cinco años el espanto me carcome los párpados. Sí, soy un hombre insomne. Al despertar, los vi allí, grabados a punta de cuchillo sobre la superficie de la mesa de nogal, allí estaban, mis versos preferidos de Alberti:

La navaja barbera estaba clavada en el marco de la puerta.

Relato publicado en El Periódico de Catalunya